

Construir futuro desde la generosidad, la inteligencia y la solidaridad

P. José María Tojeira
Rector de la UCA

Se gradúan en una realidad llena de desafíos. Hoy como ayer sigue siendo prioridad construir un mundo donde la dignidad humana sea plenamente reconocida en todos los seres humanos y por todas las personas, instituciones y Estados. Porque todavía es patente la falta de reconocimiento de la igual dignidad humana en diferentes países. Las naciones ricas tratan como personas de segunda categoría a los migrantes. En nuestros países en vías de desarrollo se encuentra con frecuencia una terrible aporofobia; en otras palabras, fobia contra los pobres. Las patentes y los derechos de marca están por encima de las enfermedades de los africanos. El clamor mundial ha hecho cambiar muy ligeramente a las transnacionales de la salud. Y ha tenido que venir la presión de un industrial de la India, que se salta la legislación internacional de patentes, o del propio Brasil para que empiecen a pensar que deben tener responsabilidad humana en la lucha contra el SIDA en África. Porque las transnacionales del Primer Mundo han puesto durante muchos años sus intereses por encima de la vida de los más pobres. Un par de aviones de combate de última generación valen el equivalente al tratamiento anual de la malaria en África, pero el número de aviones no se reduce y en África mueren dos millones de personas al año víctimas del paludismo.

La guerra de los poderosos contra los débiles

Frente a estas escenas de egoísmo brutal, las transnacionales que negocian con la salud pueden pagar salarios astronómicos. La Pfizer, por sólo poner un ejemplo, pagó a su director ejecutivo en los primeros años del presente siglo un salario de más de un millón de dólares al mes. Y ello a pesar de que en parte de ese período las acciones de la empresa tuvieron una caída del 40%. Además, su pensión de por vida al retirarse, pagada por la misma transnacional, quedó fijada en seis millones de dólares al año. Y el caso no es único. Mientras se preparaba la crisis mundial que estamos viviendo, según una investigación de la agencia de noticias Reuters, “los directores ejecutivos de 11 grandes empresas estadounidenses recibieron pagos por un total de 865 millones de dólares en dos años”. Años, curiosamente, en los que las empresas que dirigían sufrieron en conjunto “una caída colectiva de 640,000 millones de dólares en el valor de sus acciones”. La locura de que empresas que pierden dinero paguen a sus ejecutivos millones de dólares, mientras tanta gente sigue muriendo de hambre, es un escándalo que no tiene nombre.

De alguna manera, esta situación internacional, que tiene sus ecos y sus paralelismos en nuestra sociedad y país, se asemeja a una situación de guerra. Entre las víctimas de este cruel conflicto social, los excluidos y los migrantes, lo mismo que entre quienes luchan contra la injusticia o la pobreza, podemos contemplar rasgos de hermandad y de generosidad extrema. Pero nadie puede sentirse satisfecho con ninguna especie de guerra como modo de vida habitual.

Y hablar de guerra no es establecer una metáfora o una semejanza caprichosa. Entre quienes reflexionan la realidad desde la ética, no faltan los que afirman que existe en nuestro mundo globalizado una verdadera guerra de los ricos contra los pobres. Y aunque algunos digan que se trata de un lenguaje metafórico, o incluso añadan que esa afirmación es clasista y desafortunada, no podemos menos que reseñar que el propio Juan Pablo II utilizó este símil al menos en una ocasión. En efecto, en 2003, al reflexionar sobre los retos de los obispos ante la

situación actual del mundo, nos decía textualmente: “Hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión! En el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día” (*Pastores gregis*, 67, octubre de 2003). En el tiempo actual, cuando la irresponsabilidad del mercado —con su fuerte especulación— ha puesto en riesgo y en graves dificultades a los más débiles del planeta, las afirmaciones de Juan Pablo II cobran nueva y trágica actualidad.

En El Salvador, aunque nuestros problemas no sean tan graves como los de otros países, vivimos situaciones que una vez más no pueden sino calificarse como ofensa contra los pobres. Sigue habiendo diferencias sociales abismales entre riqueza y pobreza, y se continúan dando discriminaciones en derechos básicos como la salud que no pueden calificarse más que como vergonzosas. Y me refiero a las diferencias en la calidad de la salud pública, según se cotice o no se cotice: eso es un verdadero insulto a la gente trabajadora, que ha creado riqueza para el país, y que si no ha cotizado es porque su trabajo no ha sido suficientemente remunerado. Se encuentran en esa situación los campesinos, las trabajadoras del hogar, lo mismo que quienes trabajan día a día en la economía informal. A ello se añade el hecho de que ese 80% de población económicamente activa que no cotiza está marginada del sistema de pensiones, poniendo muy en riesgo el derecho a una ancianidad digna.

Tiempo de difícil esperanza

En medio de la crisis internacional, nuestra situación se agrava. Precedida la crisis por un encarecimiento de los alimentos, nuestro país vio durante los meses finales de 2007 y principios de 2008 cómo la pobreza extrema crecía en varios puntos; y la desnutrición infantil y el bajo peso al nacer pueden alcanzar dimensiones escandalosas. Los coletazos de la problemática internacional han ocasionado ya pérdida de empleos. Quienes viven de la solidaridad y el trabajo sacrificado de nuestros migrantes han sentido el descenso de las remesas. La capacidad de compra de la gente ha disminuido. Algunos servicios esenciales, como el de la salud, se vuelven más inaccesibles. La migración, cada vez más riesgosa, sigue siendo la única y dolorosa expectativa de muchos de nuestros compatriotas.

En este momento de crisis internacional, sin embargo, vivimos un tiempo de difícil esperanza. Difícil por la actual coyuntura de crisis internacional, pero esperanza por el surgimiento de lo que puede llegar a ser un nuevo camino de desarrollo más equitativo y justo. Durante veinte años hemos tenido un modelo de desarrollo que enfatizaban la libertad en general, y la libertad económica en particular. Pero que protegía especialmente la libertad económica de los más fuertes, favoreciéndoles claramente. En estos días estamos comenzando una nueva etapa en la que se nos ofrece, todavía como promesa, un mayor énfasis en el campo de la solidaridad y la justicia social. Las expectativas de los más pobres son grandes, a pesar de las graves dificultades internacionales y de nuestra propia economía nacional. Trabajo, salud, convivencia social no violenta, educación y redes de protección social son los puntos clave de sus esperanzas. Por su parte, las clases medias esperan que al menos disminuyan los indicadores de corrupción, que se fortalezcan las instituciones, que se amplíe la participación democrática a través de reformas básicas en el sistema electoral y que se mejoren los servicios sociales y ciudadanos. Muchos empresarios mayores y jóvenes, medianos y pequeños, esperan que desaparezcan los favoritismos, compadrazgos y licitaciones amañadas, y que la libre competencia sea una realidad en el campo económico.

Esta universidad siempre ha mantenido que es en el equilibrio entre libertad y solidaridad donde las personas pueden encontrar respetada su plena e igual dignidad. Pero, ciertamente, el país necesita que la solidaridad esté mucho más presente en sus estructuras sociales, culturales y económicas, así como en sus instituciones. En realidad, El Salvador del mañana o será más solidario o no saldrá de sus miserias. Es imprescindible, en ese sentido, que una juventud llena de vida y de futuro, como la de ustedes, entre en este complejo escenario histórico actual con energía, voluntad solidaria, creatividad personal y generosidad. El futuro inmediato no será fácil laboralmente ni a la hora de construir un El Salvador más solidario, desarrollado y justo. Un país donde la gente pueda desplegar sus capacidades sin que la angustia económica, la marginación social, la exclusión o la pobreza lo impidan.

Para ello tendrán que trabajar duro, poner lo mejor de sí mismos en la construcción de una sociedad en la que se combinen adecuadamente racionalidad incluyente, economía social de mercado y generación de lo que llamaríamos un espíritu de gratuidad y generosidad.

Racionalidad incluyente, economía social de mercado y espíritu de gratuidad

Racionalidad incluyente, reflejada en la legislación y en las instituciones, que favorezca en todos los niveles de la sociedad la autonomía de las personas y la posibilidad de ir forjando una individualidad rica, trabajadora y solidaria. Sabiendo que sólo la mejoría sustancial de los derechos económicos, sociales y culturales abre la posibilidad de desarrollar plenamente las propias capacidades de la persona.

Esa racionalidad incluyente tendrán que integrarla adecuadamente en un modelo de economía social de mercado, en el que el trabajo responsable y la producción abundante pongan las bases del desarrollo. De hecho, el mercado y la empresa han sido históricamente, y siguen siéndolo, los mecanismos más eficaces de creación de riqueza. Hay que cuidarlos en cuanto tales, sin caer en las patologías de favoritismos monopólicos, explotación de los trabajadores o esa especulación que sin crear verdadera riqueza favorece exclusivamente a unos pocos. Y dado que estos instrumentos de creación de riqueza abundante no han sido diseñados para redistribuirla adecuada y equitativamente, las desproporciones que pueden darse deben corregirse desde la que llamamos racionalidad incluyente. En otras palabras, dándole prioridad al trabajo sobre el capital, estableciendo impuestos adecuados, impulsando la responsabilidad social y el fortalecimiento institucional y democrático.

Ambos elementos, racionalidad y mercado, no llegarán a forjar el país que queremos si no se cultiva el espíritu de gratuidad. De hecho, ninguna sociedad logra una adecuada cohesión social sin cultivo de la gratuidad. En nuestras sociedades tradicionales se daban ya ejemplos de la cultura de la gratuidad, que con la urbanización apresurada o la migración se han ido sustituyendo por la cultura del sálvese quien pueda. Los huérfanos encontraban padre y madre de crianza; los ancianos, hogar y respeto; los enfermos, solidaridad y apoyo. Hoy, en un mundo más fragmentado, la institucionalidad adecuada para la atención de los débiles no puede lograrse sin liberar profundamente la generosidad personal. Pensar que la suma de los egoísmos individuales puede llevar al equilibrio social a través de un pacto de bienestar y felicidad no es más que una quimera que la historia se encarga de demostrar como tal día tras día. La generosidad es indispensable, y más en este nuestro El Salvador que tiene grandes tareas de desarrollo y recomposición social por delante. Cultivar la gratuidad a través de diferentes formas de voluntariado, de generosidad social, de sacrificio de ventajas personales en favor de los más débiles, es indispensable para construir la cohesión social de un país como el nuestro, invadido de

tantas, tan graves y escandalosas diferencias, y cegado por una pasión consumista que supera con mucho sus posibilidades.

Esa voz que emociona, libera y anima

Ante a estas tareas tenemos el ejemplo de nuestros mártires. Celebramos este año una especie de gran recorrido martirial. Nos preparamos para conmemorar en noviembre próximo el veinte aniversario de los mártires jesuitas y sus dos amigas y compañeras de martirio. El año que viene cumplirán treinta años de su entrega monseñor Romero, los campesinos del Sumpul y las monjas norteamericanas. Su recuerdo es siempre una llamada a la generosidad. Y tristemente sigue siendo una llamada al proceso de verdad, justicia, reparación de las víctimas, y reconciliación y perdón, al que se resisten especialmente los victimarios y los verdugos. Pero más allá de ese egoísmo ciego, incapaz de reconocer públicamente la dignidad de las víctimas, los mártires siguen llamándonos con una voz poderosa a la solidaridad, a la generosidad y al servicio de los más pobres. Ellos son verdaderos testigos de la gratuidad en la entrega y el amor a un pueblo que necesitaba el reconocimiento de su dignidad y un nuevo aliento para su esperanza.

Como jóvenes profesionales, llenos de vida y de futuro, no dejen de escuchar esa voz que emociona, libera y anima al mismo tiempo. Entréguese a su profesión con verdadero sentido social. Entréguese a El Salvador con auténtico patriotismo ético y liberen su generosidad en el trabajo y el servicio a los pobres y excluidos de nuestro país. Extiendan su fuerza a Centroamérica y formen redes solidarias con todas las personas de buena voluntad de esta patria grande. Confíen en Dios, en su Hijo Jesús, Señor nuestro, que nos invita a recorrer con Él una historia de solidaridad y esperanza. Y tengan la seguridad de que si son generosos, y se dan con gratuidad y amor a las tareas de construir una sociedad mejor, sentirán al final de sus vidas una felicidad que nada ni nadie les podrá arrebatar. Ahora sienten la alegría y el orgullo de ser graduados de la UCA. Les ha costado y tienen razón en estar alegres. Pero si recorren y construyen con generosidad su propia vida, sentirán la satisfacción de ser compañeros de Ellacuría y de Romero; hermanos y hermanas de tantos jóvenes generosos que dieron su vida para que este nuestro país tuviera un futuro mejor; herederos de los niños masacrados, que no pudieron ser lo que ustedes son ahora, pero que vivirán en ustedes si cultivan el espíritu de responsabilidad, gratuidad y donación de sí mismos en sus relaciones políticas y sociales.

Tengan valor y fuerza. Son buenos profesionales. Son de la UCA. El futuro es de ustedes. Sólo les queda confiar en Dios y construir ese futuro desde su generosidad, su inteligencia y su solidaridad. Gracias por haber confiado y trabajado con nosotros, y sigan caminando.